



Cuando el conocido novelista R., a primera hora de la mañana, regresaba a Viena de una regeneradora excursión de tres días en las montañas y compró un periódico en la estación, se dio cuenta, apenas ver la fecha en el periódico, de que ese día era su cumpleaños. Enseguida le vino a la memoria que cumplía cuarenta y uno, y esta constatación no le sentó ni bien ni mal. Hojeó las crujientes páginas del periódico con rapidez y se fue a casa en taxi. El criado le informó de que había tenido dos visitas y alguna llamada durante su ausencia y le llevó el correo acumulado en una bandeja. Él miró la correspondencia con desgana, rasgó un par de sobres que le interesaron por su remitente; apartó a un lado una carta que tenía una caligrafía desconocida y parecía demasiado extensa. Mientras tanto habían traído el té; se reclinó cómodamente en el sillón, hojeó una vez más el periódico y algunos impresos; después se encendió

un cigarro y entonces cogió la carta que había apartado.

Eran dos docenas de páginas redactadas precipitadamente con un trazo femenino, nervioso y desconocido, más bien un manuscrito que una carta. Palpó otra vez el sobre de forma automática, por si había quedado olvidado en él una carta adjunta. Pero el sobre estaba vacío y, como la propia carta, no traía ningún remitente ni ninguna firma. Qué raro, pensó, y volvió a coger los papeles. «A ti, que nunca me has conocido», ponía como encabezamiento, como título. Se interrumpió extrañado: ¿iba dirigida a él?, ¿iba dirigida a alguien imaginario? De repente había despertado su curiosidad. Y comenzó a leer:



Ayer murió mi hijo. Tres días y tres noches he luchado con la muerte por esta vida tierna y frágil, cuarenta horas he estado sentada a la cabecera de su cama mientras la gripe sacudía su pobre cuerpo ardiendo de fiebre. Le he puesto paños fríos en la frente encendida, he sostenido sus manitas inquietas

noche y día. La tercera noche me he derrumbado. Mis ojos ya no podían más, se me han cerrado sin darme cuenta. He dormido tres o cuatro horas en el duro sillón y entretanto la muerte se lo ha llevado. Ahora yace ahí, pobre y dulce criatura, en su estrecha cama de niño, tal como ha muerto; solo le han cerrado los ojos, sus ojos oscuros e inteligentes, le han cruzado las manos sobre el camisón blanco, y cuatro velas largas arden en las cuatro esquinas de la cama. No me atrevo a mirar, no me atrevo a moverme porque, con el titilar de las llamas de las velas, las sombras se deslizan por su rostro, por sus labios cerrados, y entonces parece que sus rasgos se activan, y yo podría creer que no está muerto, que va a despertarse otra vez y me dirá alguna dulce chiquillada con su voz clara. Pero lo sé, está muerto, no quiero volver a mirar para no volver a tener esperanza, para no volver a llevarme una decepción. Lo sé, lo sé, mi hijo murió ayer... Ahora ya solo te tengo a ti en este mundo, solo a ti, que no sabes nada de mí, que mientras tanto juegas desprevenido o te encaprichas de cosas y de personas. Solo a ti, que nunca me has conocido y a quien yo he amado siempre.

He cogido una quinta vela y la he colocado aquí, sobre la mesa desde la que ahora te escribo. Porque no puedo estar a solas con mi hijo muerto sin gritar el peso que oprime mi alma, ¡y a quién podría dirigirme en este momento tan terrible si no a ti; a ti, que lo has sido todo para mí y lo eres todo! Quizá no podré hablarte con toda claridad, quizá no me comprenderás... mi mente está confusa, las sienas me martillean, me duelen los huesos. Me parece que tengo fiebre, hasta incluso la gripe, que estos días se cuele en todas las casas, y no estaría nada mal, entonces me iría con mi hijo sin tener que hacer nada en mi contra. A veces todo oscurece frente a mis ojos, tal vez no sea capaz de terminar esta carta..., pero quiero reunir todas mis fuerzas para dirigirme a ti por una vez, solo por esta vez. A ti, amor mío, a ti, que no me has conocido nunca.

,